

División en la cumbre

MANEL PÉREZ

LA VANGUARDIA, 5.04.09

La audaz campaña de imagen de Gordon Brown y sus colegas del G-20, con Obama, Sarkozy y Rodríguez Zapatero en lugar destacado, ha conseguido arrancar grandilocuentes titulares en ciertos sectores de prensa que han decidido comprar la idea de que en la cumbre de Londres se ha alumbrado un nuevo orden financiero o que se ha aprobado el paquete de financiación más importante de la historia.

Las expectativas de que la cumbre del G-20 acabase muy mal estaban tan asentadas que el simple anuncio de alguna decisión nueva ya ha servido para dejarse llevar por la euforia. Pero aunque no se puede considerar superfluo, ni mucho menos, lo acordado en la cita del jueves, un análisis frío de su contenido obliga a ser bastante escéptico.

Un medio tan significado como el Financial Times considera muy difícil distinguir el grano de la paja para determinar cuánto había de nuevo en los 1,1 billones de dólares que según Brown se habían acordado: "Nuevos compromisos: más que cero dólares, pero es difícil saber cuánto (...) por debajo de 100.000 millones, y la mayoría de ese dinero ya estaba en marcha sin la cumbre del G-20".

El principal argumento en favor de considerar un extraordinario éxito lo acordado es la financiación extraordinaria del Fondo Monetario Internacional (FMI) en 500.000 millones de dólares, más otros 250.000 que la propia institución podría hacer llegar a sus accionistas. Pero precisamente ese hecho es la prueba de que no había acuerdo sobre

nuevos planes de estímulo. Ante el punto muerto, se ha optado por una salida provisional y poco comprometida que, eso sí, permite unos meses de marketing.

No sólo porque no están fijados ni el calendario ni el volumen de los nuevos compromisos para capitalizar la institución que dirige Dominique Strauss-Kahn. Tampoco porque gran parte de esa financiación adicional ya estaba acordada antes de que el G-20 se hubiera puesto a negociar y por tanto se supiera si habría o no nuevos programas para incentivar la demanda. Japón (¡en noviembre!) y Europa, hace un mes, habían anunciado 200.000 millones (4.000 españoles).

Es una solución interina sobre todo porque es muy difícil que el FMI pueda formar parte de una nueva política de impulso de la demanda mundial o de reforma del sistema financiero internacional. El FMI es un organismo que lleva varias décadas predicando la austeridad, la ortodoxia y la vigencia del consenso de Washington, ese que, supuestamente, se lanzó por la borda el pasado jueves en Londres, Brown dixit. ¿Deberá el FMI empujar ahora a los gobiernos de países emergentes a gastar más de lo que ingresan y endeudarse para estimular su demanda interna? ¿Reside en la demanda de esos países la esperanza de la recuperación mundial?

Según los expertos, la parte de la nueva financiación que después de meses o años de discusiones y debates llegue a las arcas del FMI debe servir para rescatar a países del precipicio de la bancarrota. Como Islandia, los países del Este o los nuevos casos que asoman por el horizonte en Latinoamérica y Asia. Algo similar sucede con los teóricos 250.000 millones anunciados para impulsar el comercio mundial

mediante créditos a la exportación, esa vieja herramienta. Quedan al arbitrio de cada país y tampoco hay ni compromisos ni definición de criterios diferentes a los actuales para esa clase de herramientas. No hay impulso de la demanda en los acuerdos del G-20. Las espadas siguen desenvainadas y en alto. EE. UU. no quiere que sus consumidores vuelvan a enloquecer y se endeuden para comprar al resto del mundo, por eso pretende que sus socios animen sus respectivos mercados. Europa, por su parte, rechaza financiar con su endeudamiento la recuperación norteamericana comprando deuda del Tesoro a bajo interés y más inflación futura. En medio, potencias emergentes como China intentan no ahogarse en un mar de dólares con los que no saben qué hacer.

Parece más realista pensar que, al final, se ha impuesto el compás de espera. Se intenta aportar algo más de dinero, con menos entusiasmo del que se reconoce en público, se mantiene abierta la línea caliente entre colegas y se espera a hacer un balance el próximo septiembre. ¿Quién tendrá razón?